

Convención Nacional de Educación Geográfica.

La comprensión espacial de Macondo: variaciones de una metonimia

Este número especial de *Anekumene* es resultado de planes, deliberaciones e intenciones que convocaron al Grupo Geopaideia al momento de asumir el reto de organizar, liderar y llevar a cabo la Tercera Convención Nacional de Educación Geográfica en Colombia. Tarea difícil, si se considera que sus dos antecesoras, adelantadas en la Universidad de Antioquia y en la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, evidenciaron la relevancia de estos espacios de encuentro, el rigor de los trabajos y las investigaciones socializados en ellos y la motivación de docentes en formación y en ejercicio, quienes bajo los lentes de la investigación reflexionaron desde su propia práctica para pensar la educación geográfica en el territorio nacional. Estas manifestaciones se convirtieron en motor para planificar el desarrollo de una convención que apostara por la innovación, la creatividad, la deliberación y la visualización de posibilidades y retos para pensar y resignificar concepciones espaciales en contextos escolares, pero también, en la vida cotidiana.

En ese orden de ideas, este número especial de *Anekumene* da cuenta del balance analítico de la Convención, pero lo desborda, en el entendido de que reflexiona desde el escenario en el cual esta se adelanta, y que corresponde a la ciudad de Bogotá, D. C., la cual es pretexto para que los autores que nos acompañan en esta ocasión, con sus miradas, sus propuestas y sus reflexiones, ahonden en el reconocimiento y la comprensión de la dinámica espacial de la ciudad y de algunos fragmentos de ella, como también, desde la categoría de espacio geográfico, con especial énfasis en lo territorial, así como en los procesos, los dilemas y los retos en la formación de docentes, en la enseñanza del espacio geográfico y en el reconocimiento y la comprensión de lo espacial.

No se pretende en esta entrega presentar las ponencias que usualmente nos acompañan en encuentros, congresos, coloquios y convenciones, por cuanto estas ya ocupan un escenario protagónico en las memorias de la Convención; contrario a ello, es a partir de discusiones y posibilidades que evidencia el grupo Geopaideia, dentro del marco de la misma, como se procede posteriormente al evento, o a la par con este, considerar el traslado de lo debatido a la realidad socio-espacial de la ciudad o del espacio geográfico en general. Así, al recorrer la revista, los lectores hallarán momentos específicos de la Convención, pero también vivencias, análisis, construcciones teóricas y caminos que dan cuenta de algunas de las maneras como se piensa, se aprende, se experimenta y se reconoce el espacio geográfico en el país.

En ese sentido, los aportes de Liliana Rodríguez Pizzinato, en el *Balance Analítico de la Tercera Convención Nacional de Educación Geográfica. Reflexiones que se adeudan*, expone uno a uno alcances, innovaciones y desafíos consecuencia de este encuentro, y que son insumo para seguir

pensando en la geografía escolar. Acompaña dicha mirada el aporte de Olga Lucía Romero Castro particularmente para la formación de docentes y la necesidad imperiosa de estudiar y clarificar conceptos y categorías propias y fundamentales de la geografía. Por ello, su artículo *Enseñanza y aprendizaje del concepto de territorio en licenciados en Ciencias Sociales* se convierte en oportunidad para pensar la formación de los docentes en nuestros contextos.

Seguidamente a estos aportes, la revista privilegia la ciudad como escenario de cavilación. En el artículo *La ciudad enlace de vivencias y conocimientos escolares*, la profesora Elsa Amanda Rodríguez de Moreno presenta, a partir de su experiencia de vida como habitante de un espacio urbano —pero, ante todo, en su calidad de maestra formadora de maestros—, posibilidades para trasladar la vivencia al estudio y la comprensión del espacio geográfico como alternativa de enseñanza y como recurso pedagógico y didáctico. En tanto que la ciudad se constituye en un abanico complejo y policromático, los artículos *Aproximación a la construcción de la ciudad a partir de los geosímbolos* y *El Metro imaginado y la Plaza del maestro*, escritos, respectivamente, por Carlos Alberto Zambrano Barrera y Luis Felipe Castellanos Sepúlveda, develan lecturas poco comunes del espacio urbano, donde los palimpsestos y los escenarios de la ciudad son epicentro de conocimiento y de construcción social. Acompaña a esa polisemia el nivel de observación e identificación de la vida socio-espacial del espacio urbano en la escala del barrio como unidad y expresión del ser y el habitar la ciudad; los lentes arquitectónicos de María Camila Cely Moreno, en su artículo *Mirada sobre un barrio en Bogotá*, permiten reconocer que en la calle, el parque, los almacenes, las papelerías y los espacios comunes se hallan esencias de los barrios que los dotan de sentido y de significado, los convierten en espacios legibles, complejos y únicos, y esos, por otra parte, son algunos de los atributos que comparte el artículo de Jorge Armando Galindo, en la reflexión *La transformación de un paisaje: el barrio Santa Inés*, la cual es evidencia del desarrollo riguroso de un trabajo de investigación interesado en navegar en la ciudad. Finalmente, la reseña del libro *Didáctica de la geografía*, elaborada por el profesor Carlos Alberto Zambrano, nos presenta, por un lado, discusiones sobre y desde el espacio geográfico con la perspectiva didáctica y la educativa, y, por otro, ahonda en alcances de la Red Latinoamericana de Investigadores en Didáctica de la Geografía; la agilidad del profesor Zambrano para develar apartados del libro se convierte en provocación para su lectura. En síntesis, de una u otra manera, todos los artículos presentes se hallan cobijados —en sus diferentes niveles— por un abanico de posibilidades para socavar en el estudio del espacio urbano y de la espacialidad.

Es importante resaltar que la Convención de Educación Geográfica, para ganancia de asistentes y organizadores, contó con la presencia y los aportes de colegas de la Redladgeo, quienes destinaron en sus agendas y sus cotidianidades tiempo y espacio para estar durante los días de la convención conversando, intercambiando, enseñando y, ante todo, compartiendo reflexiones y construcciones teóricas, pedagógicas y metodológicas en torno a la didáctica de la geografía y de la educación espacial; a Sonia María Vanzella Castellar, María Victoria Fernández Caso, José Armando Santiago Rivera, Fabián Rodrigo Araya Palacios y Néstor André Kaercher muchas gracias por la generosa solidaridad epistémica que los caracteriza y por dialogar con la comunidad nacional interesada en debates sobre, desde y para la enseñanza de la geografía, a partir de sus investigaciones sobre la geografía escolar, y que consideran asuntos ambientales, sociales, urbanos, de vida cotidiana, de construcción socioespacial y de didáctica de la geografía, entre otros. De la misma manera, y con especial afecto y admiración, en este evento contamos con la presencia y el aporte del maestro Rafael Ávila Penagos, quien, desde su formación en educación, filosofía y sociología, durante los últimos 10 años, y por fortuna de las proximidades espaciales en la vida cotidiana, nos permitió un encuentro que se ha consolidado en una relación especial de respeto, admiración y conversación sobre el sujeto en el espacio.

El maestro Ávila, provocado y tentado por la convención, pero también en su generosidad con el grupo, escribe, a manera de liminar, una reflexión que, interesadamente, denomina *La comprensión espacial en Macondo. Variaciones de una metonimia*; con esta, se da apertura al evento, lo que motiva y genera aún más la expectativa y el reto de pensarnos el espacio y la espacialidad. Las líneas que él escribe se privilegian para que sean la apertura a este número, y por ello ocupan el lugar central de la presente editorial, así como su nombre; pretendemos con esto reiterar nuestros sentimientos de gratitud, pero, ante todo, de admiración, al profesor Rafael Ávila Penagos, porque construye esta mirada al espacio en diálogos y lecturas que él hace al grupo, al seguimiento de los que hemos construido durante los últimos años, y los cuales, con sus sugerencias, sus lecturas críticas y sus aportes, han hecho, final e intencionalmente, impulsar horizontes de reflexión sujeto-espacio. Mutuamente hemos aprendido y descubrimos anclajes en el amplio mundo socio-espacial y socio-cultural. Anclajes que esperamos poder seguir en conversación y deliberación; por ello decidimos incluir en esta editorial el texto de su autoría, como un agradecimiento por su presencia y aporte en la Convención, pero, ante todo, en la formación y reflexión docente.

Liminar

Tercera Convención Nacional de Educación Geográfica

La comprensión espacial en Macondo. Variaciones de una metonimia

Rafael Ávila Penagos

Nos hemos acostumbrado a hablar de nuestro país como si fuera una versión ampliada de Macondo. Yo mismo me he sorprendido diciendo “Bienvenido a Macondo” cuando he tenido la oportunidad de acoger a algún amigo extranjero. Este pueblo imaginado se ha convertido en una metáfora y en una metonimia de Colombia. Cuando nombramos a Macondo queremos significar a “Colombia” como teatro de una cultura macondiana, en la que cualquier cosa puede ocurrir, sin que se disparen las alarmas de la indignación. En estas condiciones, la narrativa de *Cien años de soledad*¹, inicialmente juzgada como fruto de una imaginación exuberante, se ha revelado, a la postre, como un dispositivo especular contra el cual hacemos rebotar nuestra identidad en formación, para reconstruir nuestra memoria histórica.

Traigo a cuento a Macondo para destacar que su fundación, a medio camino entre la ciénaga y el mar, ocurre como resultado imprevisto de un intento fallido de buscar una salida al mar; y la razón del fracaso, según el narrador, es muy sencilla: “José Arcadio Buendía ignoraba por completo la geografía de la región” (p. 16). Otro gallo les habría cantado si su líder hubiera estudiado geografía. A lo mejor, no habría sido necesario desistir, y, en vez de desgastarse inútilmente en ires y venires, durante dos años y dos meses, habrían podido encontrar el mar en menos tiempo.

Macondo, entonces, quedó a medio camino, perdido en la inmensidad y el sopor de la ciénaga, a la espera de una segunda oportunidad sobre la Tierra. Sus fundadores, con José Arcadio y Úrsula a la cabeza, laboriosos a cual más, hicieron de Macondo una aldea ordenada y feliz, que disfrutaba del buen vivir, sin muchas pretensiones. Todo cambió, sin embargo, cuando llegaron los gitanos de Melquíades, orientados por el trinar polifónico de los pájaros que aquellos habían atraído, distribuyendo jaulas y comida por todos los rincones de la aldea.

Fue la truculenta exhibición pública que ellos hicieron de sus aparatos mágicos lo que dejó descreído a todo el pueblo, y medio hechizado, a José Arcadio Buendía, por la contundencia de las demostraciones sobre las aplicaciones prácticas de los imanes, del catalejo, del hielo y de la lupa.

1 Todas las referencias a la obra son tomadas de: García Márquez, G. (1996). *Cien años de soledad*. Bogotá: Norma

La ignorancia inocente había quedado derruida, y la curiosidad, instalada. Macondo quedó como poseído por una idea que lo trasladó, definitivamente, a otra dinámica. La dinámica propia del deseo... El deseo de salir de esa vida de burros... el deseo de poner en contacto la aldea con el mercado de los grandes inventos, e iniciar un vivir y un convivir más llevaderos.

Y la curiosidad y el deseo se convirtieron en propósito, gracias a la inteligencia de José Arcadio, porque un buen día amaneció pidiendo “el concurso de todos para retomar el proyecto de abrir una trocha que pusiera a Macondo en contacto con los grandes inventos” (p. 16). Y, ¿quién lo creyera?, hasta los más convencidos de su locura abandonaron familia e hijos para seguirlo a donde fuera.

Dotó, entonces, de herramientas de desmonte y armas de cacería a los mismos hombres que lo acompañaron en la fundación de Macondo; echó en una mochila sus instrumentos de orientación y sus mapas, y emprendió la temeraria aventura” (p. 16). Nótese que, ahora, a diferencia de la primera intentona, José Arcadio ha ganado experiencia y capacidad de previsión. Echa en su mochila “sus instrumentos de orientación y sus mapas”, un regalo generoso que había recibido de Melquíades. E inicia la marcha, enrutando sus hombres hacia el norte, porque había comprendido que “la única posibilidad de contacto con la civilización era hacia el norte. (p.16.)

José Arcadio y sus hombres se movieron siempre entre la osadía y la temeridad; sus recursos siempre fueron inferiores a sus necesidades, pero su recia voluntad fue siempre mayor que los obstáculos. Vivieron momentos de cansancio y se les vieron señales de desesperación. Pero tuvieron suerte: justo cuando los ánimos comenzaban a desfallecer, lograron salir del bosque, a un claro que les devolvió el alma al cuerpo. Y agotados como estaban, tendieron sus hamacas y se echaron a dormir. Cuando despertaron, “quedaron pasmados de fascinación...frente a ellos se encontraba un hermoso galeón español” (p. 27) indicio seguro de la proximidad del mar. Estaban a doce kilómetros, y los recorrieron, y llegaron.

Pero ya frente al mar, color ceniza, espumoso y sucio, un sentimiento se apoderó de José Arcadio; juzgó que ese mar “no merecía los riesgos y los sacrificios de su aventura”, y su reacción fue una mezcla de desilusión y desconcierto, porque en la primera ocasión había buscado el mar sin encontrarlo, y ahora lo había encontrado sin buscarlo. “¡Carajo! —gritó— Macondo está rodeado de aguas por todas partes” (p. 18).

Entendió, además, y con toda claridad, que había tomado una mala decisión al elegir ese sitio para la fundación de Macondo, y comenzó a elaborar un plan para trasladarlo a un lugar más propicio” (p.18). Así “nunca llegaremos a ninguna parte, se lamentaba ante Úrsula, aquí nos hemos de pudrir en vida sin recibir los beneficios de la ciencia” (p. 18).

Pero esta vez se atravesaron las contradicciones de género. Úrsula organizó la oposición, “en una secreta e implacable labor de hormiguita pre-

dispuso a las mujeres de la aldea contra la veleidad de los hombres” y el proyecto quedó enredado “en una maraña de pretextos, contratiempos y evasivas hasta convertirse en una vana y simple ilusión” (p. 18).

“En vez de andar pensando en tus alocadas novelorías, debes ocuparte de tus hijos, le recriminó, míralos como están, abandonados a la buena de Dios, como los burros” (p. 18). Imagino a esos niños cuasi desnudos y haraposos, mocosos y malolientes, como los niños de Palestina, o de La Guajira o de nuestras favelas, que reclaman justicia, a pesar de su inocencia, e inspiran una compasión impotente frente a la barbarie de sus victimarios y la cínica indiferencia de los cómplices.

Todas las mujeres de la aldea le pusieron el polo a tierra “a la veleidad de los hombres”. Se negaron a ser un simple séquito de la voluntad antojadiza de sus hombres, y se plantaron como un “no” con cuerpo de mujer. ¿De qué serviría reubicar la aldea, si sus futuros pobladores estaban privados de hogar, de padre y aún del pan amasado por sus madres? Sin los beneficios de la ciencia y sin cuidados especiales para la primera infancia, ¿para qué fundar o refundar aldeas, ciudades y naciones?

Decantando las lecciones del narrador, podemos concluir:

- Una expedición con nobles propósitos, como el de ampliar las fronteras del buen vivir, puede fracasar por ignorar la geografía de la región, además de ser costosa en sacrificios humanos, en tecnología, y en dinero.
- Tanto para escoger un lugar donde vivir como para cambiar de sitio, es preciso saber geografía.
- El género femenino y el género masculino tienen sus puntos de vista anclados en cuerpos diferentes. De ahí sus diferentes maneras de aproximarse a los lugares y sus diferentes motivaciones para decidir sobre lugares de estancia, de paso o de repaso.
- Para elegir las rutas más adecuadas son necesarios los mapas y otras herramientas de orientación, como los catalejos y las brújulas.
- Para tomar decisiones sobre el hábitat, los lugares de trabajo y la ubicación de una institución como la escuela, hay que explorar el territorio, el suelo, el cielo y los bioclimas, y hacer uso de todos los sensores corporales para anclar sus cuerpos al espacio.
- Porque no es posible imaginar un cuerpo sin lugar y sin paisaje. Ni formar a sujetos o a ciudadanos que desconozcan la dimensión espacial como condición de existencia.

Nubia Moreno Lache y Sonia María Vanzella Castellar
Editoras